

Mariátegui y la “intelligentsia” del sur andino

José Tamayo Herrera

Alguien afirmó alguna vez, que la máxima posibilidad del hombre, el más ambicioso de sus proyectos no es convertirse en autócrata a la manera de Stalin, en nuevo Midas, a la manera de Onasis, o en apóstol de una fe escuchada por los jóvenes a la manera de Marcuse. A lo máximo a que puede aspirar un hombre en el mundo de la existencia, es a convertirse en mito. Cuando una vida humana se transmuta en mito, el hombre adquiere una dimensión sobrenatural, suprahumana, intocable, casi divina, en la que sus escritos, sus gestos y sus dichos, se transforman de tal manera, que adquieren un sabor a texto sagrado. Mariátegui, *no sé si contra su voluntad*, se ha transformado para la izquierda peruana en ese mito, palingenésico, y se ha ganado la unanimidad de todas las fracciones que dicen disputarse su invalorable herencia, y que siempre acuden a él; aunque entre ellos reine la antropofagia más radical e inhumana.

Yo voy en este artículo decidida y riesgosamente contra el Mariátegui-mito, contra el Mariátegui-evangelio (los hombres andinos somos rípidos y rugosos como nuestro Salcantay o nuestro Ausangati, y no tenemos la culpa por ser así), yo, lo confieso, sin ser marxista, me he enamorado intelectualmente de Mariátegui el hombre, del Mariátegui de carne y hueso, porque he quedado pasmado ante el hecho increíble, de que este inválido glorioso, de que este autodidacta que nunca pisó la Universidad, de que este hombre que nunca llegó a nuestros Andes, que no conoció el Cusco y Puno sino por fotografía, hubiera podido llegar a conocer tan profunda y a veces tan equivocadamente la realidad de nuestra nacionalidad de hombres de las tierras altas. ¿Cómo explicar que Mariátegui, criollo, limeño, sino por cuna, por educación y ambiente, hubiera podido captar tan profundamente nuestro espíritu, reunir